

En torno a una obra de Unamuno

¿ES POSIBLE "PERDER LA FE"?

CONVERSACION CON JAUME FARRES

DEL DEPARTAMENTO DE FILOLOGIA
DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

JAUME FARRES ha publicado un importante trabajo sobre la obra de Unamuno, "San Manuel Bueno, mártir". Le encanta la tierra que también cautivó a Don Miguel, Salamanca. Ha venido (por segunda vez en poco tiempo) a un congreso de su especialidad, y me parece que su libro es una valiosa aportación para el conocimiento no sólo de la técnica literaria, sino también de lo que en nuestra página más importa: el aspecto ético, el valor de las obras bajo la luz de la Fe.

DINAMITA PARA LA FE

A.O.- ¿Por qué, Jaume, este esfuerzo tuyo, este trabajo tan cuidado en el fondo y en la forma, precisamente sobre la forma y el fondo de esta obra de Miguel de Unamuno, "San Manuel Bueno, mártir"?

J.F.- Porque esta obra reviste un interés particular desde muchos puntos de vista. En primer lugar, el literario. Se trata de la última novela (o "nóvola", como prefería decir don Miguel) del Unamuno más maduro. En ella aparece toda la experiencia del autor, acumulada a lo largo de una obra prolífica y diversa, que todavía hoy está en estudio. En segundo lugar, desde el punto de vista ideológico, esta novela es quizá la obra más "cáustica" del autor. Plantea un grave problema intelectual: lo que se ha llamado -pienso que simplificando en exceso-, el conflicto entre Fe y razón, típico unamuniano. En este sentido, hay que tener en cuenta que en el programa oficial de Literatura Española de COU es una lectura obligatoria (con la alternativa de *El árbol de la Ciencia*, de Baroja). Lo cual quiere decir que, quienes se acercan a este texto son mayoritariamente personas de 17 ó 18 años, muy poco preparadas para defenderse de las importantes confusiones a las que pueda inducir. No es de extrañar que en el caso de alumnos o lectores cristianos se llegue incluso a la pérdida de la fe. Por ambos motivos, me interesaba mostrar, en la medida de lo posible, las claves técnicas e ideológicas de la novela, ofreciendo un contrapunto crítico, desde la Fe católica, al contenido del libro.

A.O.- Desde luego, la experiencia ha demostrado que la lectura de este libro ha sido dinamita para la fe de muchos jóvenes y

de otras personas de insuficiente formación intelectual y cristiana. ¿Puede resumirse brevemente el asunto de la novela?

J.F.- Precisamente uno de los grandes aciertos de "San Manuel Bueno, mártir" radica, a mi modo de ver, en la extraordinaria simplicidad del asunto. No ofrece ninguna complicación. Básicamente el argumento consiste en el testimonio escrito de una mujer, Angela Carvallino, sobre la vida del sacerdote del pueblo, Manuel Bueno, cuyo proceso de beatificación se ha incoado poco después de su muerte. Los recuerdos de Angela van descubriendo al lector que, contra lo que podían indicar su actividad y ministerio, don Manuel era un hombre que había perdido completamente la Fe. El centro del conflicto se encuentra pues en esta personalidad escindida. Otras veces Unamuno había planteado ya el mismo asunto, por ejemplo, en Niebla. Lo peculiar del caso que nos ocupa es que don Manuel oculta su falta de Fe a los ojos de los demás, porque no quiere envolverlos en la misma angustia que le atormenta. El asunto no causaría especial confusión aún en el lector más ingenuo -pues todo cristiano sabe que cualquier hombre, en este mundo, puede ser fiel o infiel al don divino de la Fe- si no fuese por la valoración ética que Unamuno hace de la conducta de don Manuel.

A.O.- ¿Cómo se podría definir esta calificación moral que Unamuno hace en nuestra obra?

J.F.- Unamuno no califica de modo expreso, desde el punto de vista moral, la conducta del sacerdote. Sin embargo, en el Epílogo de la novela, interviene como autor para impedir la reprobación -que supone inevitable- del lector. Esto, obviamente es tanto como calificar en un determinado sentido. Sin embargo, no significa que nos proponga a don Manuel como modelo de conducta. Lo que Unamuno pretende, al parecer, es plantear un caso límite, hipotético -en rigor, inviable- que mueva al lector a revisar cualquier criterio absoluto que pudiera tener acerca de los valores éticos. En ningún momento Unamuno resuelve el problema moral planteado, no lo aprueba ni desaprueba, al menos explícitamente; por eso, algunos críticos han llamado a ésta, "novela enigma".

AMBIGÜEDAD Y ESCEPTICISMO

A.O.- ¿Qué instrumental utiliza Unamuno para producir efectos tan relevantes con una novela tan breve y en apariencia simple?

J.F.- Siempre se ha pensado que lo más perfecto es también lo más simple, y esta novela lo es. Por eso consigue su propósito con tanta eficacia. Pero no quiere esto decir que no haya sido

trabajada minuciosamente. El tono de radical ambigüedad - casi imperceptible en una lectura poco detenida del texto-, tanto en la narración de los hechos como en su significado y valoración, ha sido conseguido con un esfuerzo concienzudo. En este sentido, Unamuno manifiesta una notable maestría técnica. Por medio de ciertos recursos y efectos narrativos hace imposible la definición de una posible "tesis" de esta novela, que escapa así a cualquier posible encasillamiento conceptual. Los continuos contrapuntos -por ejemplo, entre los pensamientos de sus personajes, por un lado, y por otro, los del autor que irrumpe en el epílogo-, son un botón de muestra de lo que estoy diciendo. No obstante, a pesar de una técnica tan minuciosamente calculada, parece adivinarse, en el fondo, un radical escepticismo sobre la posibilidad de llegar a saber, en la práctica, qué es verdad y qué es mentira, así como la distinción entre lo bueno y lo malo, lo real y lo ficticio.

A.O.- ¿Tan radical te parece el escepticismo de Unamuno?

J.F.- Al menos en esta novela, sí. A mi modo de ver, gira toda ella en torno a dos problemas de índole netamente filosófica: el problema de la posibilidad de alcanzar conocimientos ciertos, planteado, de modo especialmente agudo en la corriente filosófica que arranca de Guillermo de Ockam y pasa por Descartes hasta llegar a Hegel, Marx y tantos otros autores modernos y contemporáneos. Se trata de una opción intelectual artificiosa, no natural, opuesta tanto al sentido común como a un planteamiento crítico, pero razonable del asunto. En segundo lugar, Unamuno plantea el problema de la responsabilidad derivada del conocimiento, que es donde se muestra más ambiguo. Don Manuel, perdida la Fe, ha llegado al ateísmo. ¿Cómo? No se nos habla del itinerario que concluye en tan doloroso estado, ni tampoco se nos dice si ha puesto medios para no caer o para -después de la caída- salir de él. Parece que no ha habido resistencia alguna. Se podría decir que a don Manuel se le ha muerto la fe, que se ha quedado sin ella. Puede decirse que al autor sólo le interesa mostrar el conflicto tanto personal como colectivo que este hecho genera. Y esto es lo que Unamuno califica como "verdad de muerte".

EL VACIO DE UNA VIDA SIN DIOS

En coherencia -que según Unamuno no excluye la paradoja, pues paradoja es para él la realidad, la vida-, si no hay Dios, la vida carece totalmente de sentido. El vacío absurdo que deja en el hombre la ausencia de Dios es total. En este punto Unamuno es inequívoco; de un plumazo liquida todos los sucedáneos imaginados e imaginables y advierte que ninguno puede resultar válido en la práctica. La consecuencia inmediata de la ausencia de Dios, en el orden existencial, son

la desesperación, como muerte de la esperanza, y la amargura, como muerte de la felicidad. Cabe preguntarse: en tal caso ¿qué es mejor, la ignorancia del vacío o la conciencia viva, agónica de él? Unamuno siempre quiso ser "desvelador de las conciencias", aunque el conocimiento resultase doloroso y pudiese incluso "matar" al hombre. Es ésta una idea muy característica de la obra y del pensamiento de nuestro autor. Sin embargo, en esta novela, se plantea la posibilidad no sólo de guardar silencio para no despertar o revelar la verdad, sino también de suministrar el opio inductor del sueño. De este modo, el protagonista, don Manuel, viene a ser el prototipo de los agonistas. Sellará con el silencio y velará con sus obras la verdad que podría "matar" la felicidad de sus feligreses, aunque ello le cueste encerrarse en la más dolorosa soledad. El personaje queda así abandonado por el cielo y por la tierra. Sin embargo, con tal fingimiento, con este velar en defensa del sueño de los demás -para que al menos ellos se sigan soñando felices- Don Manuel encuentra un relativo sentido para su existencia. La felicidad del ensueño ajeno es lo que, de algún modo, le ayuda -con metáfora calderoniana- a "sobrellevar su cruz del nacimiento", a soportar con cierto consuelo su propia infelicidad.

SANTIDAD AL REVÉS

Pero Unamuno da todavía un paso más en el camino de la paradoja. En esa especie de "santidad al revés" que ostenta don Manuel, su vida se nos presenta como un sacrificio supremo equiparable al martirio. El fingimiento y la mentira - que en ocasiones le llevan a obrar sacrílegamente-, no sería sólo un acto virtuoso sino también, en tales circunstancias, heroico. Ahora bien, pensar que el dolor que puede causar una verdad, justifique la mentira ante quienes la desconocen, conduce lógicamente al relativismo total. Y, a la postre, tal impostura, ha de introducir el caos en la convivencia social. La verdad es que actuar como si se tuviera fe, cuando no se tiene, no puede traer más que consecuencias negativas: daño no sólo para quien así actúa, sino también para la sociedad en la que se mueve. ¿Cómo fundar sobre la mentira una auténtica convivencia?

A.O.- Entonces, ¿no hay ningún valor, ningún mérito en la conducta de don Manuel? ¿no cabe pensar que su defensa, aunque equivocada, de la felicidad ajena, se encuentre próxima a la caridad cristiana?

J.F.- Como don Manuel no tiene fe, tampoco puede tener esperanza ni caridad, en un sentido teológico. Desde un punto de vista simplemente natural, se le prodría reconocer algún mérito, pero en todo caso muy relativo. Como usted sabe, algunas de las virtudes morales no poco importantes quedan

esencialmente deformadas en la vida de don Manuel, como la veracidad, la honradez, la fidelidad... En todo el obrar del sacerdote de la novela se advierte la falta del principio de rectitud que habría de informar toda su conducta, como en la vida cristiana lo es la virtud de la Caridad. Su altruísmo sólo podría confundirse con la caridad cristiana -que es participación del Amor mismo de Dios- desconociendo en qué consiste esta virtud teologal.

A.O.- ¿Cabe interpretar la novela "San Manuel Bueno, mártir" como una apología del supuesto ateísmo honrado y coherente, como hizo, por ejemplo, Albert Camus en "La peste"?

J.F.- No lo creo. Unamuno no afirma con su novela que no hay Dios, sino que Don Manuel cree que no lo hay. De ningún modo se hace una apología del ateísmo, ni siquiera del agnosticismo al estilo de Camus. Entre otras cosas, porque el conflicto no apunta tanto al problema teórico de la existencia de Dios, como hacia el problema existencial que se deriva de la negación de Dios. El objetivo de la novela parece ser, más bien, el intento de abrir una serie de interrogantes, que no se cierran ni responden. De este modo, Unamuno plantea el problema de la suficiencia o insuficiencia de nuestros conceptos, experiencias y criterios de valor para juzgar adecuadamente la multiforme realidad de la vida humana, y sus infinitas posibilidades de agónico conflicto. En fin, este es un problema que se ha hecho insidioso en nuestra época; que puede herir a mucha gente y causar graves deformaciones psicológicas a quienes lo afronten sin la debida preparación intelectual y moral.

A.O.- Por mi parte, advertiría, en primer lugar, que se trata de una problemática artificiosa, no natural, desconectada del mundo real. La misma de cierta corriente filosófica ya mencionada (el inmanentismo gnoseológico) que insensiblemente se mete en un laberinto sin salida. El laberinto es imaginario, como imaginario -no real- es el problema de la realidad del mundo y el conflicto entre Fe y razón. Sólo queda perdido en él quien en él quiere meterse. Conviene subrayar que en tal caso, la persona se desconecta de la realidad porque quiere. Si se persiste en el empeño puede llegarse a perder el sentido de la realidad, y, en consecuencia, el sentido trascendente de la vida humana y el vínculo que felizmente nos une a Dios, Creador, Padre y Redentor. La solución, a mi parecer, se encuentra no dando vueltas interminables por los callejones del laberinto construido sólo en y por la mente del sujeto, sino advirtiéndole que el laberinto no existe, que sólo es un producto de la imaginación; que lo cierto es la realidad del mundo y por tanto de su Primera y necesaria Causa (Dios), y el hecho misterioso

pero real de la encarnación del Verbo, la muerte y la resurrección de Jesucristo, y la realidad de la Iglesia por El fundada y dotada de todos los medios de santificación de la persona y del mundo.

J.F.- Estoy de acuerdo, y quisiera subrayar que si Miguel de Unamuno llega a esos extremos es, precisamente por los postulados filosóficos (y añadiría, teológicos) de los que parte y en los que se ha ido formando. Son éstos los que le conducen a una situación intelectual que él mismo advierte insostenible. Y es en la búsqueda de una solución al conflicto donde Unamuno muestra a la vez toda su grandeza y su limitación.

DOCTRINA CATOLICA SOBRE LA FE

La Fe es una virtud infundida por Dios en el alma de la persona dispuesta a recibirla (□). Dios no juega con las almas. Lo que Dios da no lo quita: *los dones y la vocación de Dios son irrevocables* (□), asegura San Pablo. Por eso "perder la fe", como se pierde una cosa olvidada involuntariamente, o, por decirlo así, fatalmente, es imposible. Si puede decirse que una persona "ha perdido la fe", es porque ha querido; de modo que la pérdida de ese tesoro divino siempre entraña responsabilidad personal. Lo que llamamos de ordinario "pérdida de la fe" no es tanto una pérdida como una negación (□). La doctrina católica es coherente con la afirmación inequívoca de San Pablo: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (□). Y como *sin la fe es imposible agradar a Dios* (□), es obvio que Dios, de un modo o de otro, la ofrece a todo hombre. Si esto es así, menos motivo de abandonar la Fe, si cabe, tendrá un sacerdote, que tiene el deber: a) de cuidar constantemente su formación teológica y filosófica, que da buena cuenta de las razones para creer; b) y de cultivar la vida de piedad, la oración, el trato íntimo con Dios -que nunca abandona si no es abandonado-, y menos, a uno de sus predilectos, llamado para ser como un *alter ego*, como "otro yo" de Jesucristo

A.O. □ No es una conquista humana. La fe -dice Juan Pablo II- no es un vestido bonito para la época infantil. La fe es un don de Dios -más precioso que el oro-, una corriente de luz y de fuerza que viene de Él y debe esclarecer y dinamizar todos los sectores de la vida (JUAN PABLO II, *Homilía*, 11-V-1980); Cfr. Conc. Vaticano I, Dz 1789. □ Rom 11, 29.

El Concilio Vaticano I definió que los que han recibido la fe bajo el Magisterio de la Iglesia no pueden tener jamás *causa justa* de cambiar o poner en duda esa misma fe (Concilio Vaticano I, Dz 1794, 1815) □ 1 Tim 2, 4 □ Hebr 11, 6 □ Bien sabido es que no faltan momentos en la vida de cualquier fiel

cristiano en los que acaso imaginamos que el Señor (...) no nos escucha, que andamos engañados, que sólo se oye el monólogo de nuestra voz. Como sin apoyo sobre la tierra y abandonados del cielo, nos encontramos. Sin embargo -es la reacción de un sacerdote verdaderamente santo-, es verdadero y práctico nuestro horror al pecado, aunque sea venial. Con la tozudez de la Cananea, nos postramos rendidamente como ella, que le adoró, implorando: *Señor, socórreme* (Mt 15, 25) Desaparecerá la oscuridad, superada por la luz del Amor (J. ESCRIVA, *Amigos de Dios*, n. 304). Y añade en otro lugar, con el vigor de quien lo tiene largamente experimentado: "Mienten -o están equivocados- quienes afirman que los sacerdotes estamos solos: estamos más acompañados que nadie, porque contamos con la continua compañía del Señor, a quien hemos de tratar ininterrumpidamente. -¡Somos enamorados del Amor, del Hacedor del Amor!" (ID., *Forja*, n. 38)

Antonio Orozco

Publicado en ESCRITOS ARVO, Nº 94, 1994